

# IMPERIALISMO

Iñaki Aginaga

LAS CONDICIONES DEMOGRAFICAS, IDEOLOGICAS,  
POLITICAS Y ECONOMICAS  
DE LA ESTRATEGIA DE LIBERACION

Incontables ejemplos históricos remotos o recientes, continentales o ultramarinos han demostrado sin lugar a dudas que el imperialismo español y el francés son incapaces de aceptar la independencia de los pueblos antes de haber agotado todos los recursos de violencia y terror de que disponen. No cabe duda alguna de que el fascismo, forma suprema y necesaria del imperialismo, seguirá utilizando sin restricción también aquí todos los medios de represión a su alcance para cerrar el paso a las fuerzas democráticas y terminar de una vez y de manera definitiva con el pueblo y el estado ocupados.

Las constituciones formales y reales de los estados ocupantes, su interpretación expresa y constante de leyes y tratados, como la actitud de la administración y la jurisdicción "internacionales", no dejan lugar a dudas sobre la negativa general a reconocer y aplicar el derecho internacional de libre disposición de los pueblos.

La identidad profunda del Partido nacionalista español, en sus vertientes tradicional y socialo-falangista, ha sido puesta en evidencia por el supremo revelador, la resistencia espontánea del pueblo vasco. La identidad profunda del Partido nacionalista francés no necesita siquiera revelador.

Despotismo oriental, feudalismo o absolutismo no excluyeron compromisos políticos más o menos precarios y transitorios de que fueron exponentes los regímenes forales. Pero no se trataba de solución sino de interrupción.

Toda división fundamental constitutiva y efectiva de poder es incompatible con los modernos nacionalismos totalitarios. El fascismo es hoy su forma terminal, acabada, necesaria e inevitable, porque la empresa sistemática de subyugación y liquidación de estados, pueblos y naciones por el nacionalismo imperialista, que se pretende absoluta, total y final, no puede ya proseguir sin el recurso a las formas totalitarias más "perfeccionadas" de represión y condicionamiento ideológico de masas. La carrera por la libertad de los pueblos ha entrado ya en la recta final, porque el espacio se agota, el tiempo se acaba, los plazos se cumplen.

Las consecuencias las pagan todos, incluidos los pueblos dominantes. Pero los pueblos no son siempre razonables, y las castas militares y burocráticas que ejercen el poder real no lo son casi nunca. La experiencia moderna de los pueblos ha demostrado que su propia libertad, su dignidad, su identidad y su bienestar salen ganando con la libertad de todos los pueblos, y perdiendo con la putrefacción inevitable del sistema de opresión imperialista, colonialista y fascista. Pero los pueblos no son siempre razonables, y las castas militares y burocráticas que ejercen el poder real no lo son casi nunca.

Al margen de toda motivación humanista o internacionalista, fuera de lugar a la vista del material humano con que se practica, podría pensarse que, en función simplemente de la más egoísta, estrecha y utilitaria visión del "interés nacional", sería más útil, barato, productivo, rentable, gratificante e interesante para el nacionalismo español y francés dedicar recursos y esfuerzos a su propio desarrollo, inseparable de la coexistencia y la democratización real interna y externa, que amargarse, si no arruinarse, la existencia negando y destruyendo la del prójimo. En el estado presente de su desarrollo social, económico y cultural, el abandono de sus conquistas sería para ellos factor inédito y decisivo de libertad, dignidad, democracia,

relaciones interiores y exteriores estables y pacíficas, bienestar y progreso económico y cultural, reconciliación y reintegración de su propia identidad y conciencia nacional e histórica real, porque el imperialismo, la agresión, la violencia y el terror entre los humanos degradan a la nación dominante más todavía que a la dominada. Pero creer en semejante eventualidad sería tanto como ignorar la base particularmente primitiva, irracional, instintiva, afectiva y pasional del nacionalismo español y francés, consolidada y potenciada por muchos siglos de despotismo interno y externo.

En perspectiva global de la evolución, la diversidad, el desarrollo biológico, económico y cultural de la especie humana, puede pensarse que la xenofobia fundamental que constituye el nacionalismo imperialista podría sustituirse, con ventaja para todos, por la xenofilia y el internacionalismo, la libertad y la diversidad de cada persona y cada nación siendo factor y no obstáculo de la seguridad, la creatividad y el desarrollo de las demás. La “nación” y el Estado únicos por destrucción de las demás es, en razonable consideración, un siniestro avatar para el propio pueblo dominante. “Un pueblo que oprime a otro no puede ser libre.” No queda hoy sin embargo teórico o ideólogo lo suficientemente iluso como para creer de buena fe en el carácter racional o razonable de las relaciones internacionales, tratando de persuadir en consecuencia a los protagonistas de los principales e incesantes conflictos que amenazan y deshacen la paz y la libertad de la “comunidad” internacional. Intentarlo sería tanto como ignorar la dimensión arcaica, instintiva, afectiva, pasional e irracional de las grandes empresas de agresión y depredación internacional, la realidad constitutiva e irremediabilmente conflictiva de la sociedad internacional, que el desarrollo económico y cultural no ha hecho sino agudizar, potenciar y poner en evidencia. Los casos comparados de Inglaterra, Alemania, Japón o Rusia, muestran la diversidad evolutiva de los imperialismos, pero confirman que el imperialismo no retrocede nunca de forma voluntaria, espontánea, racional o razonable.

Con la involución de los imperios centro-orientales y la independencia de Irlanda, de los pueblos balcánicos, de los halógenos soviéticos, se ha realizado o recuperado, en términos generales, la formalización política de la red “natural” de las naciones en la Europa oriental y central. La más simple visualización cartográfica comparativa de la “Unión Europea” permite notar que las “naciones-estado” que el imperialismo español y francés ha establecido por la violencia, la agresión, la conquista, el terrorismo, la represión, la conculcación de todos los derechos humanos, son formaciones excepcionales, anómalas, que no corresponden a las dimensiones de las naciones que el tiempo, el espacio y la diversidad de los pueblos han constituido sobre la pequeña península europea, al oeste de los Urales. Su extremo occidental, con la “paradoja” portuguesa, aparece como producto y residuo de los imperios a escala asiática u oriental, dos enormes zonas políticas uniformes rosa o amarilla, que encierran los pueblos más diversos, cuya simple existencia se niega y destruye oficial, impune y deliberadamente. Ahora al abrigo y sin perjuicio de la pretendida “dimensión humana de la nueva comunidad europea”, de las ruinas de las UN y su derecho internacional, y de la nueva potencia hegemónica reguladora del orbe.

Las relaciones internacionales se establecen sobre bases políticas, geográficas, demográficas, económicas, culturales e ideológicas que hacen posible el fenómeno imperialista. La nación

es el sujeto del nacionalismo y del internacionalismo. El “nacionalismo” en sentido amplio, es el modo de ser de la nación. Ambos son constitutivamente correlativos, indisociables. El nacionalismo, en sentido estricto, es la forma extrema, agresiva y opresiva de nacionalismo, el nacionalismo imperialista. Suscita la resistencia, la lucha defensiva por la libertad nacional.

El imperialismo no es una eventualidad, o un caso particular, una anomalía o una excepción de las relaciones internacionales. El imperialismo es constitutivo de las relaciones internacionales y del derecho internacional. El imperialismo, el recurso a la guerra, la opresión, la ocupación, la destrucción por la violencia de los otros pueblos, no son actividades marginales o excepcionales, corresponden al estado de naturaleza en que viven las naciones. No han sido limitados sino potenciados por la cultura y la civilización.

El nacionalismo imperialista está constituido por la dominación social, económica, política e ideológica, la guerra, la conquista, la ocupación, la represión y el terrorismo, la explotación y el pillaje de recursos naturales y productivos, el genocidio, el exterminio o la sustitución de poblaciones por la expulsión, la colonización, el hambre, la enfermedad, la esterilización directa o indirecta, la expansión-destrucción racial, lingüística y cultural, la propaganda y la guerra psicológica. Los diversos factores de dominación se refuerzan o contrarrestan, se implican, suceden y complementan mutuamente, se presentan en forma diversa en cada caso. Pero siempre, como los jinetes del Apocalipsis, cabalgan juntos.

Los pueblos oprimidos, ocupados, colonizados terminan finalmente por recobrar su libertad nacional, *si* les dejan tiempo para ello. La nación dominante puede perseguir fines limitados y a término de dominación o explotación que, de todos modos y aunque éste fuera el proyecto inicial, no podrán prolongarse indefinidamente. Pero sólo tiene, a la larga, un medio de mantener su dominación: acabar con ellos. Su estrategia admite períodos, formas y ritmos diferentes que la sirven, sin alterar su concepto.

El imperialismo “relativo” persigue fines limitados de sujeción, explotación o pillaje. El imperialismo “absoluto” tiene por fin la destrucción del pueblo al que ataca y su sustitución por el propio. La destrucción, el genocidio, propios del imperialismo absoluto, pueden ser un fin en sí, o el medio de consolidar la dominación establecida por el imperialismo relativo, cuyos agentes perciben su carácter inestable y precario. Si quieren perpetuar su dominación, evitando la emancipación a plazo del pueblo y el estado dominados, están abocados a convertir el imperialismo relativo en imperialismo “absoluto”, si se dan las condiciones políticas, demográficas, económicas o ideológicas idóneas para ello.

El imperialismo absoluto lleva al imperialismo “total”, cuyos medios de acción no admiten normas restringentes. Las vías “moderadas y progresivas” de dominación o destrucción de los pueblos se completan así, cuando ello es posible, con procedimientos más rápidos, efectivos y definitivos, que aseguran la victoria completa y definitiva del nacionalismo imperialista y permiten, a veces en tiempo muy breve, la destrucción irreversible e irreparable de estados y civilizaciones, naciones y razas, culturas y lenguas plurimilenarias.

El imperialismo es la especie extrema de nacionalismo, de racismo, de opresión económica, lingüística y cultural. El imperialismo absoluto y total no tiene por fin la subyugación, la

explotación o la subyugación permanentes, contradictorias con su concepto, sino la destrucción del pueblo y del estado dominados. Hace imposibles e ilusorios todo compromiso y toda transacción que den término al conflicto. No deja otra alternativa que la emancipación o la destrucción del pueblo adversario. En ambos casos, el imperialismo desaparece también, pues no hay dominante sin dominado. La liquidación del pueblo subyugado es objetivo del imperialismo absoluto y total, que comprende y preside el imperialismo político, que comprende y preside el conflicto armado. Para el pueblo subyugado, se trata de un conflicto existencial, una lucha por la supervivencia, que se le ha impuesto sin alternativa posible. Si progreso o cultura son para ellos dudosos y problemáticos, carecen de sentido para los demás, como pueblos o como individuos. No hay valores superiores ni inferiores para los excluidos por el imperialismo de la “comunidad humana”.

Para el nacionalismo xenófobo, racista e imperialista que constituye la dominación sobre los pueblos, la simple existencia de éstos es un dato política e ideológicamente insoportable. La propaganda dominante en un conflicto absoluto niega ya de antemano la existencia de los pueblos y los estados que trata de suprimir, dando por hecho el resultado que pretende alcanzar. Es existencia maldita, que la propaganda imperialista y fascista empieza por negar en idea, para mejor destruirla en la práctica mediante la guerra, la conquista y la ocupación, la destrucción de todo fundamento o signo de identidad la colonización, la exclusión y el genocidio, la negación teórica y práctica de todos los derechos humanos fundamentales y, en primer lugar, del derecho de autodeterminación de los pueblos, primero de los derechos humanos y condición previa de todos los demás. Acelera de este modo el proceso de liquidación y evita toda cuestión de derechos, pues lo que no existe no tiene derechos. No tiene siquiera relaciones sociales, pues lo que no existe no se puede relacionar. El conflicto internacional, el imperialismo, el derecho de autodeterminación y todos los derechos humanos fundamentales desaparecen, pues el pueblo que no existe no tiene derechos. Lo que deja teóricamente el problema sin entidad ni base social y hace rigurosamente imposibles toda explicación y toda comprensión sociológicas e históricas. Pero como el problema existe y sus sujetos también, su negación implica contradicciones y acarrea inevitables vacíos teóricos que el ilusionismo ideológico imperialista se esfuerza por atenuar, evacuar o rellenar, con significativamente reiterativas aportaciones, interpretaciones y falsificaciones auxiliares.

La ignorancia y el desprecio de los demás pueblos son fundamento ideológico del nacionalismo imperialista. Para sus agentes y beneficiarios, los pueblos conquistados son desechos raciales, lingüísticos y culturales, incapaces de civilización y desarrollo social, económico, político y cultural. Deben ser sometidos, gobernados, despojados y, finalmente, desaparecer cuanto antes en beneficio de las razas, las lenguas, las culturas, los pueblos superiores. Las mismas “poblaciones” inferiores comprenden, aceptan, agradecen, solicitan, exigen y, finalmente, imponen el destino feliz que se les ofrece. No podría ser de otra manera, habida cuenta de los imponderables beneficios que la dominación extranjera les aporta. Sería absurdo pensar en una voluntad y una capacidad de resistencia sólida y permanente por su parte ante las fuerzas armadas de ocupación, que se bastan y sobran contra eventuales, efímeras, superficiales, absurdas y criminales veleidades de oposición. Para la ideología imperialista la resistencia de un pueblo que no existe ni merece existir es y no puede ser otra

cosa que demencia, con el terrorismo de estado, la “pacificación” y las diversas variantes de genocidio como tratamiento.

Con el “imperialismo” “se refuerzan particularmente la opresión nacional y la tendencia a las anexiones, es decir a la violación de la independencia nacional (porque la anexión no es otra cosa que una violación del derecho de autodeterminación de las naciones).” “El imperialismo conduce a las anexiones, al refuerzo del yugo internacional y, a partir de él, a la exasperación de la resistencia.”

Cuando la resistencia nacional a la opresión desmiente la visión primitiva, optimista y romántica imperialista, la indignación y el furor de sus promotores no tienen límites. Estrategas e ideólogos pierden sus ilusiones, se sorprenden y escandalizan de las imprevisiones, contradicciones y disfunciones del aparato represivo, de las muestras de resistencia que la opresión ha originado, de una realidad que no corresponde a sus prejuicios y presupuestos. El desprecio integral, que se acompañaba con sentimientos de piedad, compasión y benevolencia hacia las razas y clases inferiores, cuya sumisión y abyección recompensan, se sustituye entonces por la xenofobia en su forma pura, por el odio, pasión y forma combativa de reconocimiento del otro.

Mientras el imperialismo y el colonialismo aparecen como beneficiarios y triunfadores, encuentran el apoyo de toda la nación dominante. Las excepciones son individuales. El nacionalismo de “izquierdas” no cede en nada al nacionalismo de los sectores más conservadores. Solidaridad, resolución y unidad del nacionalismo imperialista solamente se disipan ante el coste creciente o exorbitante del conflicto con la resistencia.

No son el progreso de la sociabilidad, el humanismo, el altruismo y el filantropismo, los factores que permitieron el progreso de los derechos humanos en períodos sucesivos a partir del XVIII, sino el equilibrio general y los desequilibrios especiales de la paz armada, las guerras relativas, el duopolio nuclear y la guerra fría. Su ruptura funda el retorno de la reacción y la nueva barbarie hegemónica o imperial, frente a los precarios, circunstanciales o aparentes progresos de tres siglos. La civilización, tras de la barbarie, no ha eliminado el despotismo, el imperialismo y la guerra, sino todo lo contrario. Revoluciones y guerras mundiales han dado al traste con las últimas ilusiones a este respecto.

Siendo la violencia constitutiva de la política en general, de la guerra y del derecho en especial, tanto más se extiende y agudiza en cuanto base política del nacionalismo imperialista.

En la metafísica tradicional de la política y el derecho internacionales, “El orbe todo que, en cierta manera, forma una República, tiene el poder de dar leyes convenientes para todos, como son las del Derecho de Gentes”. “Ninguna nación puede creerse menos obligada por el Derecho de Gentes, porque está dado con la autoridad de todo el orbe”.

En la realidad, la comunidad jurídica universal no existe, es un mito o una utopía, en el peor sentido de la palabra. Las relaciones internacionales se fundan en la violencia antagónica de naciones y Estados. Los Estados se encuentran siempre en posición o en disposición de

guerra de todos contra todos, y el derecho internacional es el orden que la oposición de fuerzas determina.

Toda relación social se establece por el dominio de los recursos económicos, políticos e ideológicos. La política está constituida por la violencia actual y virtual, que determina el comportamiento y las ideas de los que le están sujetos, como corresponde a la especie humana, la más incurablemente agresiva y destructiva que evolución, mutación y selección zoológicas han originado sobre el planeta Tierra.

Buscar, atribuirse y utilizar la mayor capacidad posible de violencia actual y virtual a su alcance, disminuyendo o anulando la de los demás, tal es la norma fundamental de la política de los Estados, la única que éstos conocen y practican. “Nos guste o no, así son las cosas.” Y así seguirán siendo en espera de que la especie humana se destruya a sí misma, destruyendo de paso el planeta y llevándose por delante a todos sus habitantes.

Las relaciones políticas “supranacionales” son relaciones entre naciones, sin ninguna instancia “superior” de poder. “Mientras uno mantenga su derecho de hacer cuanto le agrade, los hombres se encuentran en situación de guerra.” “Las naciones, movidas por instintos, impulsos, fines, condicionantes o determinantes universales de dominación y agresión, de supervivencia y de resistencia, usan unilateralmente y sin limitaciones externas de la violencia y el terror de masas como medios y fundamentos de política internacional, se oponen necesariamente entre ellas. La relación de fuerzas, relativamente estable y cambiante, conduce a la guerra ofensiva o defensiva y a la paz política de equilibrio o de desequilibrio entre las naciones, con el “derecho internacional” como resultado.

Quienes pretenden hablar de, o actuar en, política internacional, deben necesariamente partir de esa realidad “exorbitante”, cualquiera que sea el juicio moral o teórico que les merezca. Si pretende ignorarla, camuflarla o reemplazarla, presentando sus propios proyectos o valoraciones como política y derecho actuales, pueden estar locos o estar cuerdos, pero son agentes y arteros instrumentos de las fuerzas que dicen combatir. Sirven entonces a la violencia imperialista como solución real de los conflictos internacionales.

El nacionalismo imperialista produce la guerra, se implanta o desarrolla por la violencia. El sistema nacionalista-imperialista de dominación se construye sobre legiones de víctimas y ríos de sangre, por la violencia ilimitada, la destrucción, la represión, el terrorismo, la negación y ruina de los derechos humanos fundamentales como base política de la explotación, pillaje, deculturación y liquidación de pueblos y civilizaciones. Los crímenes contra la humanidad, contra la paz y contra las mismas leyes de la guerra son su substancia misma. Han sido y siguen siendo su origen, fundamento, desarrollo y consecuencias, efectivos y necesarios. Sin "los cañones, parte muy importante de la constitución", su dominación no es nada.

La subyugación de un pueblo y de un estado por otros es una permanente agresión, cadena inmanente, continua e interminable de opresión, persecución y terror. “Se refuerzan particularmente la opresión nacional y la tendencia a las anexiones, es decir a la violación de la independencia nacional (porque la anexión no es otra cosa que una violación del derecho

de autodeterminación de las naciones).” “El imperialismo conduce a las anexiones, al refuerzo del yugo internacional y, a partir de él, a la exasperación de la resistencia.”

“El derecho internacional no prohíbe la guerra.” “Las sanciones del derecho internacional general: represalias y guerra,” “no representan menos la retirada de bienes por la fuerza”. “Estas sanciones consisten, como las sanciones del derecho estatal, en la retirada por la fuerza, por la coacción, de la vida, de la libertad y de otros bienes, en particular de bienes económicos de los hombres.” “La violencia, para afrontar la violencia, se arma de las invenciones de las artes y de las ciencias. Se acompaña de restricciones ínfimas, apenas dignas de ser mencionadas, que se impone bajo el nombre de derecho de gentes, pero que, de hecho, no debilitan su fuerza.”

Pero quienes en la teoría y en la práctica niegan el derecho de autodeterminación de todos los pueblos destruyen el único fundamento posible de la paz y la convivencia, establecen las bases de la violencia y la guerra entre las naciones. El imperialismo es, por naturaleza, incompatible con la convivencia pacífica. La ocupación de un pueblo y de un estado por otro es una agresión permanente, cadena continua, interminable e inmanente de conflicto, opresión, persecución y terror.

La ley internacional según las UN concierne en primer lugar al “mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales”, a las medidas propias de la seguridad colectiva, al uso legal o ilegal de la fuerza según la Carta y sus desarrollos posteriores. Es patente “la necesidad de crear condiciones de estabilidad y bienestar y relaciones pacíficas y amigables basadas en el respeto de los principios de derechos iguales y autodeterminación de todos los pueblos”.

“Crecientes conflictos resultan de la negación o impedimentos en el camino de la libertad de tales pueblos, lo que constituye una seria amenaza a la paz mundial”. “La sujeción de los pueblos a subyugación, dominación y explotación alienígenas constituye una negación de los derechos humanos fundamentales, es contraria a la carta de las UN y un impedimento para la promoción de la paz y la cooperación mundiales.” “La sujeción de los pueblos a subyugación, dominación y explotación alienígenas constituye un obstáculo mayor a la promoción de la paz y la seguridad internacionales.” “La sujeción de los pueblos a subyugación, dominación y explotación alienígenas constituye una violación del principio” (“de derechos iguales y autodeterminación de los pueblos”), “así como una denegación de derechos humanos fundamentales y es contraria a la Carta.” “La represión de las luchas, legítimas y acordes con la ley internacional, en el ejercicio del derecho de autodeterminación de los pueblos”, “constituye una amenaza contra la paz y la seguridad internacionales”. “Todo Estado tiene el deber de refrenar todo acto de fuerza que priva a los pueblos” “de su derecho de autodeterminación, libertad e independencia.” “El uso de la fuerza para privar a los pueblos de su identidad nacional constituye una violación de sus derechos inalienables y del principio de no-intervención”. “En su acción contra, y resistencia a, tal acción de fuerza, en el ejercicio de su derecho de autodeterminación, tales pueblos tienen título para buscar y recibir apoyo de acuerdo con la Carta, y particularmente con sus propósitos y principios”. “Tienen el derecho inherente de luchar por todos los medios necesarios contra las potencias coloniales que reprimen su aspiración a la libertad y la independencia,” “incluyendo la lucha armada”, “particularmente la lucha armada” 3324>, “los conflictos armados” “conflictos armados

internacionales” “personas insertas en lucha armada” <3103>. El “derecho inherente de legítima defensa contra la agresión”, es un derecho “excepcional, subsidiario, último, provisional, limitado, proporcional y controlado”, (que suele ser, de hecho, normal, sustantivo, primero, permanente, ilimitado, desproporcionado y descontrolado). Es objeto de general reserva unilateral, y su interpretación extensiva, no menos unilateral, incluye la “legítima defensa preventiva”. “Los conflictos armados donde hay lucha de los pueblos contra la dominación colonial y extranjera y el régimen racista deben ser considerados como conflictos armados internacionales”. “El territorio de una colonia u otro Territorio-No-Autogobernado tiene, bajo la Carta, un estatuto separado y distinto del territorio del Estado que lo administra“. “La lucha de los pueblos sometidos a la dominación colonial y extranjera y a regímenes racistas para la realización de su derecho de autodeterminación e independencia es legítima y enteramente conforme a los principios de la ley internacional”. “En las situaciones consideradas en el párrafo precedente” <sobre “víctimas de conflictos armados internacionales”>, “están comprendidos los conflictos armados en los cuales los pueblos luchan contra la dominación colonial y la ocupación extranjera y contra los regímenes racistas en el ejercicio del derecho de autodeterminación de los pueblos consagrado en la Carta de las UN y en la Declaración relativa a los principios de la ley internacional sobre las relaciones amistosas y la cooperación entre los Estados, en conformidad con la Carta de las UN”. “Nada en los párrafos precedentes deberá ser interpretado como autorizando o animando cualquier acción que desmembre o debilite, total o parcialmente, la integridad territorial o la unidad política de Estados soberanos e independientes conduciéndose ellos mismos de acuerdo con el principio de derechos iguales y autodeterminación de los pueblos.” “Nada en esta Definición de la agresión debe ser interpretado de ninguna manera como aumentando o disminuyendo el alcance de la Carta, incluyendo sus disposiciones concernientes a los casos en que el uso de la fuerza es legal.” “Nada en esta Definición” “podría de ningún modo perjudicar al derecho de autodeterminación, libertad e independencia, según deriva de la Carta, de los pueblos privados por la fuerza de este derecho y a los que se refiere la Declaración de Principios de Ley Internacional concerniente a las Relaciones Amistosas y la Cooperación entre Estados de acuerdo con la Carta de las UN, particularmente pueblos sometidos a regímenes coloniales y racistas u a otras formas de dominación extranjera; ni al derecho de esos pueblos de luchar con este fin y de buscar y recibir ayuda, de acuerdo con los principios de la Carta y con la mencionada Declaración.”

“La guerra es un conflicto de grandes intereses que se paga con sangre, y sólo en eso difiere de los otros conflictos.” “La destrucción de las fuerzas enemigas es la piedra de toque de toda acción de guerra, el último soporte de todas las combinaciones, que reposan sobre ella como el arco sobre sus puntos de apoyo.” “El soldado es reclutado, <>.” “La decisión por las armas representa para toda acción de guerra, grande o pequeña, lo que el pago en especies representa en las transacciones financieras. Por vagas que sean estas relaciones, el pago no puede faltar totalmente, incluso si es raro.”

“Ignorar el elemento de la brutalidad, a causa de la repugnancia que inspira, es un derroche de fuerza, por no decir un error.” “Quien rechazara el recurso a ciertas brutalidades debe temer que el adversario tome ventaja dejando a un lado todo escrúpulo.” “No hay mayor

desgracia para un ejército que un general que pretenda ahorrar la sangre.” “En un asunto tan peligroso como la guerra, los errores debidos a la bondad de alma son precisamente la peor de las cosas. Como el uso de la fuerza física en su integralidad no excluye en absoluto la cooperación de la inteligencia, el que use sin piedad de esta fuerza y no recule ante la efusión de sangre tomará ventaja sobre su adversario, si éste no hace lo mismo. Con ello dicta su ley al adversario, de modo que cada uno empuja al otro a extremidades que no tienen otros límites que el contrapeso que reside en el lado adverso.” “El plan de la guerra consiste en atacar al enemigo a diez contra uno y, si se puede, matarlo por la espalda.” <Mola>. “Las devastaciones, las crueldades son siempre inevitables en la guerra.” Si se asume la violencia, la guerra, el terror y la tortura como medios de resolver los problemas, sólo hay una forma de ganar, o no perder: aventajar al adversario en la violencia, la guerra, el terrorismo, la tortura. El que no lo hace, pierde. Y, para perder, más vale no empezar.

Los tratamientos “inhumanos y contranatura” son, en realidad, parte integrante de la naturaleza humana y del estado de naturaleza en que se encuentran los Estados. Son inherentes a la guerra y la política a partir de un grado suficiente de contradicción entre los contendientes. Los conflictos relativos pueden, a veces, pasarse sin ellos, los conflictos absolutos presentan las condiciones ideales para su producción. El imperialismo y el totalitarismo los utilizan, de forma no temporal, ocasional o coyuntural, sino permanente y sistemática, porque corresponden a sus objetivos y recursos, a las necesidades inherentes a la estructura de dominación. No se oprime, reprime y destruye a los pueblos mediante la gratificación, la persuasión, el diálogo y el respeto de los derechos humanos, las normas humanitarias, los buenos sentimientos, la piedad y la compasión. Para eso, más vale cambiar de política, de ocupación o de oficio. “La crueldad fría, calculada y que constituye un método, el terrorismo, la tortura, las formas de violencia más feroces o “reprobables” no son procedimientos gratuitos ni simple o solamente efecto del sadismo de los esbirros que los sirven, vienen determinados por la intensidad de las luchas sociales. En los “tiempos de desorden”, la función y los órganos de producción material y cultural se ordenan y subordinan a la función y los órganos de destrucción y terror. La función y los órganos reproductores de la vida humana se ordenan y subordinan a la ruina de vidas humanas en el sacrificio constitutivo de los conflictos políticos. La selección natural conserva una reserva de ladrones y asesinos que se encierra y cuelga en tiempo de paz y se convierten en tiempo de guerra en agentes políticos, necesarios, heroicos y meritorios instrumentos y pilares de la represión, la revolución, la contra revolución y la guerra.

“En los asuntos humanos, la sumisión a las reglas de la justicia se da cuando la mutua necesidad obliga a ello. Pero para los fuertes, el poder es la única regla, como para los débiles la sumisión.” Los gobiernos y los pueblos son accesibles a los sentimientos de humanidad mientras sirvan a su dominación o, por lo menos, no la debiliten. Los discursos y exhortaciones que reconocen, bendicen y apoyan el poder fascista e imperialista o su guerra “justa por uno o por ambos lados”, se mueven en el espacio confortable y políticamente marginal en que el poder les confina y cumplen la función equívoca o cómplice que les asigna. <derecho de la guerra o derecho humanitario, zonas reservadas, armas prohibidas y poblaciones protegidas, evolución hacia la guerra total, de la exclusión de los civiles como blanco militar a la inclusión y la preferencia de la población civil como objetivo.> <la tortura

en el mundo actual. La regla y la excepción. Normativa formal y real en los Estados, la EU y las UN, “convenciones” nacionales e internacionales, poderes, administraciones, organizaciones>.

No se puede defender los derechos humanos fundamentales sin tocar al imperialismo y el totalitarismo, la guerra y la ocupación, constitutivos de crímenes de guerra, contra la paz y contra la humanidad. No es posible combatir puntual o individualmente la represión, el terrorismo o la tortura, ocultando, aceptando o apoyando el sistema de cuya implacable lógica son parte inevitable y necesaria. Sólo los hipócritas, los tontos o los locos denuncian los atentados individuales mientras disimulan, justifican y practican el terrorismo de masas.

Todos los agentes políticos han condenado siempre la violencia de sus adversarios y justificado la propia. La ideología fascista contemporánea va más lejos, la presenta “además” como fundada y constituida por la no-violencia, por oposición “a toda violencia venga de donde venga”.

Los que “condenan la violencia y el terrorismo en general, vengan de donde vengan” se refieren a la violencia y el terrorismo de los demás, no a la violencia y el terrorismo que ellos practican, justifican, santifican y ocultan a la vez falsificando y confundiendo con tal fin los términos y los conceptos. “En el mundo de las realidades constatamos incesantemente por experiencia” “que los mismos que, unos instantes antes, habían predicado la doctrina del ‘amor en oposición a la fuerza’, apelan algunos minutos más tarde a esta misma fuerza”. A decir verdad, “en el mundo de las realidades”, los hipócritas en funciones que “condenan toda violencia” no esperan “algunos minutos para apelar a la fuerza”. Su propaganda y sus apelaciones se fundan en un orden y un desorden que ellos han impuesto y establecido de antemano por la violencia, la guerra, la represión y el terror.

Los moralistas e hipócritas profesionales que nos infligen a diario su insufrible ministerio proclaman, con virtuosa satisfacción y según manido aforismo, que “el fin no justifica los medios”. Se trata, por supuesto, del fin y los medios siempre reprobables, rechazables y condenables, de los demás, no de los que persiguen y emplean ellos, siempre loables, aceptables y santificables. En un Estado o entre Estados, “quien tiene derecho al fin lo tiene también a los medios”. El fin justifica siempre y necesariamente los medios, los juicios de orden moral nada tienen que aducir en una cuestión de pura y simple lógica formal. “Si el fin es justo, los medios lo son también; esto es una proposición tautológica”.

La diferencia entre paz, guerra, derecho, orden y desorden políticos es relativa. Sólo criterios formales o convencionales permiten delimitarlos. “Hay guerras que no tienen decisión ni solución perfectas.” <La ambigüedad de los conceptos de “estado de guerra, estado de paz, acto de guerra y declaración de guerra”. La expresión “ni guerra ni paz” define una situación que “no tiene nada de antinatural”.

La idea según la cual la violencia es cosa de la guerra, mientras que la paz se funda en la no-violencia, es igualmente falsa. Guerra y paz no se diferencian por la ausencia o presencia de la violencia, ambas se fundan sobre ella. No hay guerra sin sangre ni paz sin violencia. La paz

sin violencia no existe ni ha existido nunca. La paz no existe sino como paz del derecho, ambos son correlativos. Pero el derecho, como la guerra, es violencia.

El conflicto político absoluto tiene por fin la destrucción de las fuerzas políticas adversas, efectivas o virtuales. Engloba la guerra absoluta. La guerra parcial se hace total, sus medios no admiten normas, limitaciones, derecho de la guerra o derecho humanitario, zonas reservadas, armas prohibidas ni poblaciones protegidas.

La política y la guerra defensivas y ofensivas se confunden también. <No hay defensiva absoluta, sólo hay ofensiva absoluta. “La resistencia es una actividad destinada a destruir tal suma de fuerza del enemigo que éste tendrá que renunciar a sus intenciones.” . La defensiva tiende naturalmente a transformarse en ofensiva, pues en la realidad internacional los estados no están ni se consideran nunca en seguridad sin garantías, salvaguardas y modificaciones que tienden “lógicamente” a la eliminación “preventiva” de toda potencia otra que ellos mismos. En un mundo sujeto a la discreción de los estados nacionales, nadie se siente nunca seguro mientras existan los demás. La lógica de la seguridad impulsa a la dominación y a la guerra “defensivas y preventivas” y, de seguridad en seguridad, a la dominación, la guerra y la destrucción absolutas de estados y pueblos.

La necesidad y la decisión de terminar por todos los medios, con la máxima urgencia y de una vez por todas, con la resistencia política, tienden finalmente a la liquidación de la base sociológica del conflicto. La guerra absoluta revierte al conflicto general absoluto. Destruir la base social con el fin de ganar la guerra y acabar con su resistencia, o ganar la guerra y acabar con la resistencia con el fin de destruir la base social son empresas que se producen mutuamente.

El exterminio, la liquidación de los grupos sociales por la vía política es la vía más directa para ello. El monopolio de la violencia resultante de la guerra y la ocupación es también la base que permite su sustitución, asimilación, liquidación, mediante el hambre, la enfermedad, la asimilación, los desplazamientos, deportaciones y plantaciones de población. La violencia y el terrorismo sobre la población civil es más fácil, eficaz y definitiva que sobre fuerzas armadas. Tras las guerras de equilibrio, limitadas y civilizadas, “las verdaderas guerras son guerras de exterminio”.

La metafísica tradicional presenta la política y el derecho como fundados en la voluntad y la gracia de Dios, en el derecho y la ley divinos, naturales o artificiales, en el reino de la razón, el servicio del bien común o la voluntad y el poder democráticos.

En las metafísicas tradicionales de la política y el derecho internacionales, “el orbe todo que, en cierta manera, forma una República, tiene el poder de dar leyes convenientes para todos, como son las del Derecho de Gentes”. “Ninguna nación puede creerse menos obligada por el Derecho de Gentes, porque está dado con la autoridad de todo el orbe”.

La agresión infrahumana está limitada por el territorio y los instintos de conservación de los grupos familiares o suprafamiliares. La agresión humana no conoce tales límites. La lucha por la supervivencia tiene dimensión inmediata y necesariamente universal. En la realidad,

las relaciones políticas “supranacionales” son relaciones entre naciones, sin ninguna instancia “superior” de orden y poder. La nación, como antes la horda o la tribu, es el límite máximo de cohesión, el ámbito máximo de solidaridad, de moralidad y de legalidad que la humanidad ha alcanzado, en un mundo económica y políticamente cerrado y unificado, pero demasiado grande para inhibiciones instintivas o culturales de la agresión intraespecífica, de la cual el planeta es campo abierto. “Los pueblos civilizados se conocen y comprenden tan poco que se evitan los unos a los otros con odio y horror.” “Los individuos étnicos se desprecian en general los unos a los otros, se odian, se execran.” El nacionalismo imperialista teme y desprecia toda diversidad, toda entidad diferenciada, es uniformista y “universalista” por extensión de la propia nación. El genocidio es la solución consecuente para los conflictos internacionales.

En las relaciones políticas internacionales, la paz y la guerra, las cuestiones de los derechos humanos, del imperialismo y el fascismo, de la libertad y la democracia se tratan y resuelven, en un sentido o en otro, por la violencia, no por los buenos sentimientos o el imaginario normativista. En la implacable lógica de la sociedad internacional de estados “independientes”, agresión, guerra total, exterminio, terrorismo, tortura, matanzas, deportación, deculturación, colonización, pillaje, asimilación, son prácticas fuertes, superiores, que dan ventaja a los que las utilizan con mayor extensión y ferocidad y penalizan a los demás, lo que lleva a su generalización entre los contendientes que disponen de medios para ello. “Nos guste o no, así son las cosas”.

El estado de naturaleza determina relaciones internacionales de conflicto permanente entre las naciones. La “comunidad universal” desborda el ámbito de solidaridad y reconocimiento de que la humanidad es capaz, limitado de hecho a la nación y sus relaciones de proximidad. Movidas por instintos, impulsos, pasiones, fines, condicionantes o determinantes universales de dominación y agresión, de supervivencia y de resistencia, las naciones usan unilateralmente y sin limitaciones externas de la violencia y el terror de masas como medios y fundamentos de política internacional, se oponen necesariamente entre ellas. La guerra, la opresión, la destrucción por la violencia de los otros pueblos son lo propio del estado de naturaleza en que viven los humanos. Buscar, atribuirse y utilizar la mayor capacidad posible de violencia actual y virtual a su alcance, disminuyendo o anulando la de los demás, tal es la norma fundamental de la política de las naciones, la única que éstas conocen y reconocen. El nacionalismo imperialista tiende al imperialismo absoluto, al monopolio, la dominación y la eliminación de toda alteridad nacional. El equilibrio o la escalada hacia los imperios “universales”, con todas sus consecuencias, son las únicas soluciones políticas que las naciones han encontrado para sus ambiciones e inquietudes. La destrucción de los demás es su objetivo inmanente y consecuente, “conforme a su esencia”. La razón, el humanismo, las utopías y el idealismo sin fundamento nada pueden contra ello, son, bien al contrario, instrumentos de propaganda y guerra psicológica al servicio de las potencias dominantes. La autodestrucción de la humanidad es perspectiva mucho más razonable que su reconciliación.

El “derecho internacional” no ha pasado nunca de ahí. En un sistema de equilibrio, el derecho es de por sí conservador. “Si, por ejemplo, se considera los diferentes Estados que hoy componen Europa”, “la suma total de las relaciones de todos los Estados entre ellos sirve más

bien a mantener el status quo del conjunto que a introducir cambios en él, es decir que la tendencia es al mantenimiento del status quo.” El sistema de equilibrio evita o pretende evitar la guerra pero, cuando no lo hace, produce las más destructivas de las guerras, como consecuencia de la igualdad de fuerzas.

La relación de fuerzas, relativamente pero necesariamente inestable y cambiante, conduce a la guerra ofensiva o defensiva o preventiva, el imperialismo, la guerra fría o caliente, la conquista, la sumisión y la destrucción de las naciones y los estados, el equilibrio de fuerzas, la paz política de equilibrio o de desequilibrio entre las naciones, la dominación hegemónica o imperial, con un “derecho internacional” defectivo y precario como resultado. Todos los intentos teóricos y prácticos para evitarlo o resolverlo de otra manera, han fracasado, y acabamos de asistir al derrumbe del último de ellos. Para moralistas, utopistas y prospectivistas, una nueva estructura instintiva y cultural es la única esperanza para el género humano. Pero no es más que eso. No es, en todo caso, una cuestión política.

En líneas generales, no hay pueblos buenos o malos, pacíficos o agresivos, sólo hay pueblos débiles o fuertes. Son partidarios de la libertad y los derechos humanos en general los que no pueden dominar y destruir a los demás y temen o padecen dominación y destrucción de parte de ellos. “La moral y el derecho” son lo que les conviene según las circunstancias. Del mismo modo, las comunidades religiosas son pacíficas, partidarias de la libertad y el respeto mutuo cuando y donde son débiles víctimas de la persecución de las demás, a las que persiguen, torturan y asesinan en cuanto consiguen la fuerza necesaria para ello. Con la variación eventual de la relación histórica de fuerzas, se invierten las disposiciones y actitudes “innatas” y el sentido “moral” que las dirige.

<Para el imperialismo, defensiva y ofensiva se confunden también. La defensiva tiende naturalmente a transformarse en ofensiva, pues en la realidad internacional nadie se considera nunca establecido en seguridad sin garantías, salvaguardas y modificaciones que tienden “lógicamente” a la eliminación “preventiva” de toda potencia económica, demográfica, política o cultural otra que ella misma. La defensiva es el motor supremo de la ofensiva. Los equilibrios o la escalada hacia los imperios “universales” son las únicas soluciones que la humanidad ha encontrado para sus ambiciones e inquietudes.>

Un pueblo que no es capaz de afrontar moral y materialmente esa realidad ha elegido ya la sumisión, fase primera de su liquidación. Libertad o muerte es la única alternativa real que se le presenta. La supervivencia es el objetivo permanente y el motor principal de la lucha anti-imperialista. Los pueblos que pierden su libertad y agotan su fuerza vital en la sumisión no tienen sitio en la historia.

Ninguna actitud democrática puede aceptar y reconocer el monopolio fascista e imperialista de la violencia sin negarse a sí misma y abandonar, con ello, todo contenido democrático. Los derechos humanos fundamentales en general, el derecho de autodeterminación de los pueblos y el derecho de independencia e integridad de los estados, como los derechos de legítima defensa, paz y seguridad en especial, fundamentos del derecho internacional, implican violencia actual o virtual, como todo derecho.

Toda actitud democrática implica el respeto y la defensa de los derechos humanos. Todos los pueblos del mundo afirman su propio derecho, si no el de los demás, de vivir libres y seguros en su patria libre, con el territorio y los recursos que la constituyen, de preservar su libertad e identidad nacionales frente a la agresión y la ocupación imperialistas, de defenderse contra ellas por todos los medios necesarios, con el derecho de legítima defensa como última o primera garantía. Toda historia, pasada y contemporánea es demostración de que, donde tal derecho se niega, la paz, la concordia y la colaboración entre los hombres dejan paso al conflicto, la guerra, el odio, la ruina de los derechos fundamentales en general. <Por donde el imperialismo pasa, los derechos humanos, el derecho a la vida y la libertad de pensamiento son hierbas que dejan de crecer y de existir.>

Contra las ilusiones que los monopolios de propaganda imperialista difunden, el conflicto político entre “el nacionalismo ofensivo de la nación que oprime y el nacionalismo defensivo de la nación oprimida”, sólo tiene dos soluciones posibles. Por un lado, la solución final, la liquidación total de los pueblos y los estados que han tenido la desgracia de caer en sus garras. Por otro, el fin de la política imperialista, que implica la práctica, sin trampas ni falsificaciones, del derecho inherente y fundamental de libertad, libre disposición o autodeterminación de todos los pueblos, “primero de los derechos humanos y condición previa de todos los demás”. Es ésta la base constitutiva del derecho internacional, incesantemente formulada si no aplicada por las Naciones Unidas. Sin que la multiplicación y la profusión de declaraciones, resoluciones, decisiones y convenciones, sincera o hipócritamente reiterativas y deliberada y pertinazmente burladas y traicionadas, hayan logrado efectivamente la represión y erradicación de la peste imperialista, vergüenza del mundo “civilizado” y primera fuente de conflictos y amenazas para la paz y la libertad de la humanidad.

La negación de estos derechos es la base del imperialismo, en sí mismo crimen contra la humanidad y contra la paz. “Si se vacía de contenido el derecho de autodeterminación de los pueblos, se quita a la amistad de los pueblos el fundamento a partir del cual puede desarrollarse.” Quienes en la teoría y en la práctica niegan el derecho de autodeterminación de todos los pueblos destruyen el único fundamento posible de la paz y la convivencia, establecen las bases de la violencia y la guerra entre las naciones. El imperialismo es, por naturaleza, incompatible con la convivencia pacífica. La ocupación de un pueblo y de un estado por otro es una agresión permanente, cadena continua, interminable e inmanente de conflicto, opresión, persecución y terror. A las fases de ruptura y ofensiva, de agresión, guerra y terror sin ley, siguen, a través de los tiempos, fases “de derecho, ordenadas y pacíficas” para la explotación, verificación, consolidación, de los resultados adquiridos.

El imperialismo “descubre” una y otra vez, cada vez con mayor claridad, que la resistencia política de la nación ocupada no era cuestión de moda, coyuntura o corriente de superficie, sino expresión inseparable de la existencia misma de una nación agredida y ocupada. Descubre también que si el imperialismo puede, a veces, someter y destruir a los pueblos, los pueblos no “se” incorporan ni “se” someten nunca, que la lucha por la libertad nacional es consecuencia inevitable de la agresión imperialista, es parte inseparable del sistema imperialista de dominación, que en su búsqueda sin alternativa de la solución final, los

"grandes" pueblos genocidas tendrán que realizar nuevos esfuerzos y cometer nuevos crímenes antes de terminar de una vez por todas con la especie maldita de los pueblos libres sobre el planeta Tierra.

“La guerra no comienza antes de que la invasión haya suscitado la defensa.” ”Políticamente hablando, uno de los dos campos será forzosamente el agresor, puesto que intenciones defensivas por ambos lados no pueden nunca llevar a la guerra.” Todos los conquistadores del mundo se han declarado y se declaran amantes de la paz, siempre que se acepten su propia versión y sus propias condiciones de “paz”, y condenan como enemigos de la paz a cuantos se niegan a ello. “Un conquistador es siempre amigo de la paz (como Bonaparte decía constantemente de sí mismo), aceptaría de buen grado entrar en nuestro Estado sin oposición.”

La lucha por la libertad nacional es signo y expresión vital. Lleva en sí misma su fundamentación, justificación y demostración, porque es imposible e impensable la resistencia política e ideológica frente a la agresión imperialista, la ocupación totalitaria, los monopolios de violencia y propaganda, el terrorismo de masas, sin las condiciones sociológicas generales que la preceden, constituyen y hacen necesaria.

Los pueblos resisten, luego existen. No son pueblos porque existen, existen porque resisten. Lo que hace que “un pueblo sea un pueblo” identificable bajo la ocupación y el terrorismo imperialistas es su resistencia misma. No hay pueblos que resisten al colonialismo y pueblos que se someten. Los pueblos luchan por su libertad mientras están vivos, y si dejan de hacerlo es porque están ya muertos, aunque el punto de irreversibilidad sea incierto y la aparente muerte clínica recele con frecuencia hibernaciones o letargias funcionales de aventurado diagnóstico y sorprendente desenlace. Los "pueblos" que no luchan por la libertad son ya escoria, "basura de pueblos", a incinerar o reciclar por predadores y carroñeros.

La existencia del pueblo dominante no está amenazada, pero pretenderlo forma parte de su propaganda interna y externa. Cuando las naciones se identifican con sus imperios, confieren a éstos el mismo valor existencial, mientras no aceptan, asumen o digieren su privación. Los colonos y los renegados son por eso la capa más motivada, exigente y resistente del imperialismo absoluto. Lo que puede llevar a la rebelión, la guerra civil o el golpe de estado como resultado del conflicto añadido por la frustración y la desesperación coloniales ante el “abandono” de la metrópoli. En otros casos, son los mismos colonos los que buscan y logran la independencia ante la opresión de que la madre-patria les hace objeto.

El conflicto internacional y el imperialismo engloban el conflicto internacional y el imperialismo políticos, especie y parte de la política en general. El conflicto y el imperialismo políticos comprenden y presiden el conflicto armado.

La mutua implicación del fascismo interior y el fascismo exterior es más interactiva de lo que algunos parecen creer. Las “democracias occidentales” que promueven, conducen, alimentan, encubren, amparan y confortan con su complacencia y cooperación el fascismo, el imperialismo, el terrorismo y la tortura en las tierras y a costa de los demás, se encuentran cada día más con las consecuencias domésticas de la política realista-nacionalista que las

inspira y dirige. Los pueblos que luchan contra el imperialismo condicionan la vida política interna y externa de sus opresores. Son reveladores de la verdadera naturaleza de estados y partidos políticos que se pretenden democráticos para esconder bajo las etiquetas y la propaganda monopolista el fascismo, el terrorismo y el imperialismo modernos.

<<<La agresión y la ocupación imperialistas, la negación del derecho de autodeterminación de los pueblos adoptan, a veces, fines de guerra o dominación política limitados, que conllevan negociación, transacción o división de poder y constituyen el conflicto político internacional relativo. La sorprendida y exasperada frustración que la insuficiencia eventual de la acción política provoca, relanza el ciclo al alza en la busca, cada vez más exigente, de la solución final. Protectorado, ocupación, anexión institucionalizan la transición al imperialismo político absoluto. El establecimiento, o el paso eventual de uno a otro, corresponde a las fases de expansión o regresión del imperialismo, a la relación general de fuerzas, al modo de producción y distribución, a la formación correlativa de una estructura internacional de clase, a la consolidación y el progreso de la ocupación y la colonización.

El conflicto político absoluto engloba la guerra absoluta y tiene por fin la destrucción de las fuerzas políticas adversas, efectivas o virtuales. La guerra parcial se hace total. La necesidad y la decisión de terminar por todos los medios, con la máxima urgencia y de una vez por todas, con la resistencia política, tienden finalmente a la liquidación del pueblo mismo, base sociológica del conflicto. La guerra absoluta revierte al conflicto general absoluto. Destruir un pueblo con el fin de ganar la guerra y acabar con su resistencia, o ganar la guerra y acabar con la resistencia con el fin de destruir un pueblo son empresas que se producen mutuamente.

El exterminio, el genocidio, la liquidación de los pueblos por la vía política es la vía más directa para ello. El monopolio de la violencia resultante de la guerra y la ocupación es también la base que permite sustitución, asimilación, liquidación de las naciones mediante el hambre y la sed, la enfermedad, los desplazamientos, deportaciones e implantaciones de poblaciones indígena y colonial, la esterilización directa o indirecta.>>>

El miedo conduce a la guerra defensiva y la guerra defensiva conduce a la ofensiva. “Es el sentimiento tan extendido del miedo al vecino el que permite interpretar casi todos los conflictos, con un poco de buena voluntad, como guerras defensivas.”

<Funciones y efectos contradictorios del miedo, el terror y el pánico. Fuga, apaciguamiento, sumisión, inhibición, indefensión, defensiva, ofensiva. Victoria, derrota, sumisión, limitación y preservación, la “exterminación ínfima” y la lógica de la guerra absoluta, los cobardes vivos. Elogios de la guerra, de la locura y del miedo. ”La sumisión tiene sus ventajas”. Los franceses comprendieron la lección de 1914 cambiando, con ello, el curso de la historia.>

El sometimiento indefinido de un pueblo con reservas vitales, sentido de la propia identidad, conciencia nacional y estatal arraigadas, voluntad determinada es siempre problemático. “Las revueltas contra las autoridades coloniales a través del mundo han mostrado a qué punto la desobediencia civil, la resistencia no violenta, el terrorismo y la guerrilla son eficaces, costosas para la potencia ocupante que, incapaz de restablecer el orden, está condenada a gastar, para esta obra jamás terminada, sumas superiores a las que le revienen de la

explotación del pueblo subyugado. Basta que un pueblo, incluso sin armas, esté resuelto a hacerle la vida imposible a un conquistador para que éste descubra poco a poco la vanidad de las conquistas.”

Esta visión democráticamente “optimista” supone condiciones y formas que están lejos de ser universales. Es cierto que el imperialismo no puede mantener indefinidamente una dominación política y que un pueblo alcanza más pronto o más tarde la independencia, a menos que lo liquiden antes, en cuyo caso no puede ya alcanzar nada. Donde el conquistador tiene la posibilidad y la voluntad de acometer, como fin o como medio, la destrucción del pueblo subyugado, las conquistas no son fatalmente vanas. Sólo hay un modo de impedir la marcha a la libertad y liquidar la resistencia política de los pueblos, y las naciones dominantes lo saben: acabar cuanto antes con los pueblos mismos. El fascismo es hoy la forma terminal, acabada, necesaria e inevitable del nacionalismo imperialista, porque la empresa sistemática de subyugación y liquidación de estados, pueblos y naciones, que se pretende absoluta, total y final, no puede ya proseguir sin el recurso a las formas totalitarias más “perfeccionadas” de represión y condicionamiento ideológico de masas.

Una dominación política relativa puede prolongarse algún tiempo. “La ejecución de los jefes nacionalistas, en el momento oportuno, habría no detenido pero sí retardado sensiblemente los movimientos de liberación nacional a través del mundo.” “A condición de pagar el precio, utilizando plenamente la fuerza de un ejército, no es imposible, en pleno siglo XX, abatir una voluntad popular, quasi unánime, de resistencia o de liberación.” El punto culminante de la ofensiva imperialista y el punto de inflexión del proceso dependen del conjunto de factores materiales y morales del caso concreto y es relativamente indeterminable e imprevisible.

No es la simple independencia política, sino la existencia del pueblo subyugado, lo que pretende liquidar el imperialismo absoluto, originario o adventicio. Si acaba con ella, acaba también con su dominación y con la “inevitable marcha a la independencia” del pueblo subyugado, porque el pueblo que deja de existir no puede ya padecer ni alcanzar nada, ni pronto ni tarde. Si pretende sobrevivir, más le vale, pues, darse prisa.

A falta de un desarrollo estratégico consecuente y de un agente político capaces de incidir realmente en la relación de fuerzas sociológicas, económicas, políticas e ideológicas, de poco sirven la voluntad profunda y el empeño espontáneo de todo un pueblo. En el mundo en que vivimos no hay trucos que permitan hacer la economía de una línea estratégica acorde con la realidad de las fuerzas en presencia, inseparable de la democratización general de las instituciones políticas e ideológicas. El factor decisivo radica en la capacidad o la incapacidad propias del pueblo oprimido para adaptar sus estructuras secundarias ideológico-políticas a sus recursos y condiciones primarias, con la cualificación estratégica como resultado.

La disimetría del par dominante-dominado es general entre ambos nacionalismos. La desigualdad de resolución entre los adversarios”, “la disimetría de voluntad, de interés, de animosidad en el diálogo belicoso de conservadores y de rebeldes” es, a veces, “más marcada que la desigualdad de las fuerzas materiales”. La motivación del bando que lucha por la libertad nacional es mayor que la del bando que trata de acabar con la resistencia o la existencia del adversario. “Los nacionalistas que reclaman la independencia de su nación

(que ha existido o no en el pasado, que vive o no en el corazón de las masas) son más apasionados que los gobernantes del Estado colonial. Al menos en nuestro siglo creen en la santidad de su causa más que sus adversarios en la legitimidad de su dominación.”

Los modernos monopolios de propaganda establecidos por los monopolios de violencia lo saben, y desarrollan enormes campañas añadidas para contrarrestar esta relativa inferioridad ideológica. El nacionalismo imperialista “actualiza” su técnica de intoxicación y guerra psicológica. Cualesquiera que sean sus crímenes de guerra, contra la paz y contra la humanidad, se presenta como un movimiento democrático, pacífico y no violento de liberación y defensa de los derechos humanos. Trata de persuadir a la población colonizada e indefensa de que la agresora y la opresora es ella. La resistencia nacional, de cualquier modo que se realice, es intrínsecamente perversa, y sus actores, tradicionalmente salvajes, delincuentes, bandidos, ladrones, asesinos, fanáticos, paganos, herejes, zoófilos según los tiempos y las necesidades, se integran ahora en la informe lista sin concepto ni definición confesables del nuevo “terrorismo” universal, arma absoluta de la ideología totalitaria moderna.

El nacionalismo imperialista español y francés es, por naturaleza, opuesto a la convivencia y la concordia internacionales, no considera más salida para el conflicto absoluto y total que ha promovido que la solución final. La liquidación del pueblo oprimido es su objetivo fundamental e inamovible. La negación anticipada de su identidad y de su misma existencia la sirve ideológicamente. Es la expresión suprema de la esencia del nacionalismo y el racismo imperialistas: el desprecio de los otros pueblos.

“Cada civilización y cada lengua luchan e inevitablemente habrá cadáveres, porque no hay sitio para todas.” Es la tesis del espacio vital del nacionalismo imperialista, el nacional-darwinismo, el nacional-socialismo o el nacional-catolicismo, formulada por los humanistas-nacionalistas cristianos donde y cuando se estiman en posición de fuerza, en contraposición con los sermones que prodigan cuando y donde se encuentran en situación de inferioridad. Es realista en cuanto el nacionalismo imperialista, la expansión nacional al universo entero y la dominación y supresión consiguiente de los demás pueblos es de esencia de la nación históricamente constituida. <Es falsa por cuanto afirma que la falta de espacio para vivir y convivir obliga a la lucha a muerte entre las naciones.>

Pero los imperios se deshacen, obligados a abandonar su dominación sobre los pueblos que subyugaron por la violencia y el terror y que recuperan, uno tras otro, su independencia nacional.

“Si la independencia del protectorado o de la colonia fuera considerada por el Estado imperial como un mal absoluto, una derrota irremediable, se volvería a la dualidad elemental amigo-enemigo. El nacionalista – tunecino, marroquí, argelino – sería el enemigo, no ocasional ni siquiera permanente”, “sería el enemigo absoluto, aquel con quien ninguna reconciliación es posible, cuya existencia misma es una agresión y que, en consecuencia, si se siguiera la lógica hasta el final, habría que exterminar. Delenda est Cartago: es la fórmula de la enemistad absoluta, la enemistad de Roma y de Cartago; una de las dos ciudades está de más. Si Argelia debe quedar definitivamente francesa, los nacionalistas que quieren una Argelia

independiente deben ser eliminados sin piedad. Para que millones de musulmanes se hagan franceses a mitad del siglo XX, es necesario que no puedan ya soñar en una nación argelina y olviden a los testigos que se hicieron degollar”. <disimetría entre nacionalismos imperialista e independentista. Consecuencias ideológicas. Aron “Paix et guerre” 45-9>>>>>

La oposición entre el imperialismo y la lucha por la libertad nacional es asimétrica. La “disimetría del par colonizador-colonizado” es general entre ambos nacionalismos, en su estrategia, fines, medios, ideología, condiciones demográficas, económicas, culturales. La desigualdad de resolución entre los adversarios”, “la disimetría de voluntad, de interés, de animosidad en el diálogo belicoso de conservadores y de rebeldes” es, a veces, “más marcada que la desigualdad de las fuerzas materiales”. La motivación del bando que lucha por la libertad nacional es mayor que la del bando que trata de acabar con la resistencia o la existencia del adversario. “Los nacionalistas que reclaman la independencia de su nación (que ha existido o no en el pasado, que vive o no en el corazón de las masas) son más apasionados que los gobernantes del Estado colonial. Al menos en nuestro siglo creen en la santidad de su causa más que sus adversarios en la legitimidad de su dominación.”